

## **LOS ALCANCES QUE TIENE LA CONTEMPLACIÓN EN LA VIDA CRISTIANA.**

Aunque el tema de la contemplación pareciera ser algo novedoso para nosotros, en verdad es una práctica que ya lleva muchos siglos de existir. La contemplación, obviamente, proviene de la experiencia que muchos místicos han tenido con la persona de Jesús, la cual han sustentado con el estudio profundo de Las Escrituras. Muchos hombres piadosos que han existido a lo largo de la historia fueron contemplativos, y transmitieron tal conocimiento a las generaciones venideras.

La contemplación básicamente nos aporta dos cosas a la experiencia cristiana:

### **1.- ENCONTRARNOS CON LA VERDADERA Y GENUINA VIDA DE DIOS:**

Después de tanta experiencia de fracaso que hemos tenido buscando el rostro del Señor, algunos sinceros hemos llegado a la conclusión de que es imposible encontrar la Vida divina a través de un sin número de prácticas que aprendimos en el ámbito de la religión evangélica, es acá donde entra la importancia de entender lo que es la oración contemplativa. Por otro lado, Dios nunca nos ha pedido que dejemos la vida natural, sino lo que Él quiere es que podamos conservar en nuestro vivir la experiencia con Él, para lo cual debemos adentrarnos a entender la vida contemplativa. En estas dos cosas podemos resumir los beneficios que nos trae la contemplación, pues, ésta nos enseña a activar nuestro ser interior para que Dios sea accesible a nosotros, y además nos permite hacer de la Vida divina nuestra experiencia en las jornadas normales y naturales de la vida.

Por muchos años esta práctica de la contemplación, que obviamente tuvieron los discípulos de la Iglesia del principio, estuvo oculta para nosotros. Mucho de esto no está descrito literalmente en la Biblia, aunque no por ello vamos a decir que tal principio no existe. Es bien difícil recuperar la práctica de la contemplación de la cual no hay un registro literal de cómo se llevaba a cabo en los primeros días de la Iglesia, pues, aunque mucho de esto lo encontramos en La Biblia, ella no nos describe explícitamente cómo se realizaba. Esto es más o menos como las pirámides que edificaron los indígenas, muchas de ellas son altas en extremo, imponentes, dignas de admirar, pero al llegar a la cúspide tienen un espacio tan reducido, que sólo caben unas cuantas personas de pie. Aunque nosotros podemos ver y escalar esas ruinas, no sabemos a ciencia cierta el trasfondo y las razones que llevaron a los indígenas a construirlas. Más o menos así es lo que nos sucede hoy en día en cuanto a las cosas prácticas de la Iglesia, aunque vemos muchas pinceladas de cómo practicaban ellos la vida de Iglesia, no nos las dice clara y detalladamente.

Conforme pasaron los años, la verdadera Iglesia del principio casi desapareció, y junto con ella, las prácticas que tenían los santos que la conformaron. Los apóstoles nunca escribieron cómo practicar la contemplación, sin embargo, entre líneas podemos ver que hablaron de ella. Dios en Su misericordia nos está permitiendo recobrar este maravilloso tema, y creo que esto

vendrá a responder dos preguntas esenciales en nuestra vida: ¿Nos encontramos con Dios en nuestros tiempos devocionales?, ¿Es Cristo nuestra experiencia de Vida día con día?.

En su mayoría, hasta el día de hoy, los hombres dedicados a vivir monásticamente han sido los que más han practicado la contemplación, ellos han creído que para poder vivir contemplativamente deben apartarse del mundo y de las cosas naturales de la vida, lo cual, no concuerda con lo que dice el apóstol Pablo. En el Nuevo Testamento se nos insta a trabajar, a casarnos, a tener para poder compartir, a tener hijos, en fin, se nos insta a vivir todo lo que normalmente debe hacer un ser humano en este mundo físico. El mensaje del Nuevo Testamento nunca nos insta a que vivamos monásticamente, apartados del mundo, más bien, el Señor Jesús nos exhorta a que le permitamos a Él ser nuestra experiencia de Vida, que sea Él quien fluya en nosotros.

En esta ocasión quiero compartir algunos principios que nos dejan ver que la contemplación no es un asunto monástico o católico, sino bíblico.

El primer principio que nos dicta por qué razón nosotros debemos terminar en contemplación los tiempos de búsqueda del Señor, es lo que dice *Juan 1:1 "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. v:2 Este era en el principio con Dios. v:3 Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. v:4 En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres"*. La primer razón de peso por la que nosotros debemos buscar al Señor es porque Él es Vida Eterna. Cristo Jesús es la Vida divina que está en nuestro espíritu, pero quiere vivificar no sólo nuestro espíritu sino todo nuestro ser. De manera religiosa nosotros hemos aprendido que hay ciertas pautas, y ciertos requisitos para poder encontrar la Vida del Señor, pero esto es erróneo. En algún momento hemos llegado a pensar que nuestras prendas de vestir tienen mucho que ver a la hora de buscar al Señor. Para muchos es imposible que la Vida Divina habite en una hermana que usa pantalones, o para el caso de los varones, algunos no conciben buscar a Dios en camisetas o "shorts". ¡Imagínese qué cargado de legalismo está el Evangelio! Obviamente, debe haber un recato y una decencia para vestirnos, pero eso es muy subjetivo, eso es asunto de cada quien con Dios. Yo sé que el Señor en Su misericordia nos ha rescatado de una manera de pensar tan legalista, pero aún tenemos que ser liberados de muchos aspectos de ley, sobre todo en cuanto a buscar la Presencia de Dios.

Otro enfoque que ya hemos corregido es lo referente a los dones espirituales. Gracias a Dios hemos descubierto que las virtudes divinas no son lo mismo que el fluir de la Vida divina. El movimiento pentecostal nos enseñó a anhelar los dones, las unciones, y todas las virtudes divinas, pero lo malo fue que nos enseñaron a sustituirlas por Dios. Esto es como en lo natural, alguien puede tener dinero y muchas riquezas, pero jamás la persona será sustituida por el dinero. En un matrimonio, el hombre puede darle joyas, regalos y dinero a su esposa, pero si él no pasa en casa, los regalos no tienen mucho sentido para la mujer que ama en verdad al marido. Para una mujer que ama verdaderamente a su marido, si le dieran a escoger entre su esposo y los regalos, seguramente escogería la compañía de su esposo. Igualmente es Dios, Él nos puede dar dones para hacer sanidades, grandes milagros, unciones, etc. pero éstas no necesariamente son Dios, aunque provengan de Él. El que es piadoso, tarde o temprano se da cuenta que las virtudes divinas se quedan cortas en comparación a la persona de Jesús.

Por las razones mencionadas anteriormente es que tenemos un gran aprecio por la contemplación, pues, es una forma más pura de llegar a Dios. No veamos la contemplación como una novedad, o como una doctrina, sino como un principio de vida con el cuál podemos encontrar la comunión con el Señor. Toda mi vida quise encontrarme con este camino hermoso, pues, me recuerda a mi experiencia de recién convertido. En muchas ocasiones les he contado que acepté a Cristo de una forma un tanto comprometida; un amigo me invitó a un campamento juvenil, y yo fui con la intención de ir a divertirme, pero por compromiso, en una reunión acepté a Cristo. Cuando pase al frente para que oraran por mi, de repente empecé a llorar, el Señor me tocó, pero luego de eso me resistí a la idea de que me había convertido al Señor. En aquellos tiempos yo tenía catorce años, era un jovencito, ni siquiera me di cuenta que Jesús de verdad había entrado a mi vida. Cuando llegué a mi casa, creí que todo iba a seguir normal como antes; pero a la hora de desayunar, instintivamente cerré mis ojos y le dí gracias a Dios por los alimentos. Cuando abrí los ojos toda mi familia estaba asustada de verme orar, pues, ninguno de ellos conocía a Dios. Después de eso me fui a mi cuarto, y ya de varios días atrás me sentía deprimido, y eso me provocaba llorar un buen rato; lo raro fue que ese día lloré de alegría, empecé a escuchar una voz en mi interior que me decía: *“Yo soy tu amigo, te amo”*. Esas palabras me trajeron paz, y desde ese momento me di cuenta que ya no estaba sólo, que alguien estaba dentro de mi. Desde ese tiempo yo siempre he deseado caminar con Jesús de una manera palpable, he procurado tener comunión con Su persona, he buscado que Él sea una experiencia de Vida para mi. Lamentablemente, con el pasar de los años, la mala instrucción evangélica hizo que mis ojos se desviaran en mucho de la persona del Señor, porque me incentivaron a buscar los dones del Espíritu Santo, y en especial: el don de lenguas. Ahora me doy cuenta en La Escritura que hablar en lenguas es el más pequeño de todos los dones, pero sobre todo, no es Dios, sólo es una virtud divina. Dios en Su misericordia siempre me ha hablado en mi interior, y ya hace un buen tiempo entendí que los dones no son la Vida, sino que la Vida es Él mismo.

La Vida divina es Cristo mismo, y ésta no viene por ningún otro medio que no sea Su persona. La Vida divina ni siquiera viene por medio de la revelación, pues, ésta al igual que los dones son efectos de un toque divino, no son en sí la esencia de la Vida divina. La Vida divina es increada, por lo tanto, no podemos convertirla en algo que no sea Cristo mismo. Esto es como el caso de un doctor, puede ser apreciado como persona, o como doctor. Muchas personas dicen: *“tan buena gente que es el doctor, cómo regala medicinas”* ¡Ah!, entonces lo más seguro es que lo aprecien por su profesión, no por su personalidad. Cuando nosotros buscamos la Vida divina, la experiencia nos dicta que Dios no es lo que Él nos dice, o lo que Él nos regala, sino que la Vida es Él mismo. Igual es con el ejemplo de los casados, si el hombre se enamoró de la figura esbelta de su esposa, tarde o temprano el amor se le acabará porque esa figura pasará a la historia. Cada persona casada debe descubrir y amar a la persona con la que se casó, la cual habita existe junto con un cuerpo que envejece, de lo contrario, el amor se marchitará. Así mismo debe sucedernos con Dios, debemos amar Su persona, no sus virtudes.

Dios en Su grande amor siempre nos mantiene en un “vaivén”; Él nos da, y luego nos quita lo que Él mismo nos dio. Dios permite esto para purificar nuestro amor por Él, para que nos demos cuenta que la esencialidad de la Vida divina no consiste en lo que Él nos da, sino en

estar con Él. No debemos menospreciar los milagros del Señor, al contrario, debemos alabarlo por lo que Él hace por nosotros; No olvidemos nunca Sus misericordias, seamos agradecidos con Él, pero sobre todas las cosas, no perdamos nuestra comunión con Él. En la Biblia vemos el caso de un mago llamado Simón, el cual quería comprarle a los apóstoles el “poder” para poner las manos sobre las personas y que viniera sobre ellos una unción del Espíritu Santo. Hasta que punto puede llegar a caer el hombre que es capaz de hacer negocios con las cosas de Dios; esto nos muestra que no es sano tener una inclinación a lo sobre natural, a las virtudes divinas, las cuáles como ya dijimos son gloriosas pero no son Dios. Si Dios quiere bendecirnos en las finanzas, está bien, recibimos tal abundancia, pero jamás debemos pensar que nuestro estado financiero es un reflejo de la Vida de Dios.

La Vida divina es insustituible. Los versos que leíamos al principio dicen: ***“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres”***. El apóstol Juan nos dice que la Vida divina estaba en el “principio”, ¿Cuál era éste principio? Era la eternidad misma, la dimensión donde no existía lo creado, la habitación divina; allí no existían los factores tiempo-espacio, sino era sólo Dios y el Verbo. La Vida que necesita el hombre se originó en la habitación divina, la pregunta es: ¿Quién puede llegar a ese lugar? Ningún ser humano puede llegar allí, a menos que lo haga por la vía del espíritu, porque Dios es Espíritu. Una figura que nos puede ayudar a entender esto es el caso de Eva. La mujer entró al huerto cuando aún no era un ser humano, Eva primero fue una simple costilla, sólo que era la costilla de Adán, y Adán sí estaba en el huerto con Dios. Con el pasar del tiempo, Dios durmió a Adán, le sacó una de sus costillas e hizo a Eva; quiere decir que Eva entró al huerto siendo nada, pues, no era una costilla con uso de razón y conciencia, sino era simplemente material adámico. Si nosotros queremos entrar a la habitación divina debemos seguir el mismo camino de Eva, debemos hacerlo por la vía del espíritu, siendo nada. Para entrar a la comunión con Dios debemos hacernos nada, debemos despreciar nuestro momento psicológico presente, y hacerlo únicamente por la vía del espíritu. Nuestro “yo” no cabe en ese lugar donde se origina la Vida divina, allí sólo existe Dios y el Verbo, por lo tanto, para entrar allí sólo lo podemos hacer por el material divino que nos dieron a nosotros al aceptar a Cristo: ***“por el espíritu”***; en esto consiste la contemplación.

Debido a los arrastres que tenemos de la enseñanza evangélica, siempre que pensamos en la Presencia de Dios, queremos tener sensaciones, queremos sentir unciones, queremos sentir alguna manifestación del poder de Dios, pero tengamos claro que al exponernos a la Vida de Dios de una forma pura, no sentiremos nada, pues, allí no existe nada más que Dios y el Verbo, ese nivel es espiritual, no emocional. Un hombre de antaño le llamó a esa dimensión ***“La Nube del No Saber”***, o como David lo describió en el ***Salmo 18:11 “Puso tinieblas por su escondedero, por cortina suya alrededor de sí...”***; Dios se esconde en las tinieblas, donde no hay nada, donde no se ve nada, donde no se ven Sus virtudes, allí lo encontramos a Él, allí encontramos Su Vida.

En el tabernáculo de Moisés habían tres niveles: El Atrio, el Lugar Santo y el Lugar Santísimo. El Atrio era iluminado por el sol, el Lugar Santo era iluminado por el candelero, pero en el Lugar Santísimo no había luz, allí sólo estaba el Arca del Pacto, la Presencia de Dios habitaba en un lugar sin luz. Esto nos muestra lo que es estar verdaderamente en la Presencia de Dios, la Vida no necesita ninguna sensación, ni manifestación, la Vida está en Él. Por esta razón la oración contemplativa es la mejor ruta que tenemos para encontrarnos con Dios, pues, la base de esta oración consiste en despreciar nuestro “yo”, es no ponerle atención a nuestro momento presente psicológico, sino incursionar hacia Él por medio de nuestro espíritu.

Quiero enfatizar que no debemos incursionar a la oración contemplativa para ser libre, ni para ser transformado, ni para que Dios nos quite nuestros programas emocionales. Esto sería como que un hombre descubra que su esposa se casó con él por interés al dinero; no es problema que una mujer disfrute de la dicha de casarse con un hombre que tenga dinero, pero no debe ser ese el vínculo que lo una a él. La contemplación no necesita una doble intención, ni tampoco nos propone caminar una ruta, sino que nos lleva a la meta. Tengamos claro este pensamiento: “Ser contemplativo no nos lleva a algo, sino es la meta”. Debemos llegar al Señor no con el fin de ser cambiados, sino con el fin de estar con Él. Si estar con Dios nos cambia, ¡Gloria a Dios!, pero la intención debe ser estar con Él de una forma pura.

Ahora bien, aunque no es el fin, la oración contemplativa le permitirá a Dios operar en nosotros como Él quiere. Al estar en contemplación le permitimos a Dios que Él se vuelva nuestro terapeuta, nuestro ayudador, nuestro libertador. Sólo estando ausentes de nuestro “yo”, Dios puede hacer en nosotros una obra genuina, y la oración contemplativa es la manera de poder incursionar a ese encuentro con Dios. Cuando llegamos al punto de despreciar nuestro “yo”, cuando encontramos que lo invisible es de mayor valor que lo tangible, entonces, encontramos la Vida divina. Al estar en la Presencia de Dios de una forma pura, ni siquiera vamos a escuchar Su voz, allí no vamos a percibir nada divino, sólo estaremos unidos a Él por el espíritu. El fruto de tal unión espiritual será que nuestro ser será vivificado y transformado por la Vida divina; esta es la razón por la cual estamos promoviendo la oración contemplativa.

Los escritos del apóstol Juan son muy profundos, él dice: **“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios”**. ¿Dónde queda el hombre en esta comunión? Vemos que no hay espacio para lo humano, pero agregado a esto todavía dice: **“sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En él estaba la vida...”** Lo que el apóstol Juan quiso enfatizar es que en la Presencia de Dios no hay espacio para lo humano.

El problema de nosotros es que somos seres religiosos, nos gusta tener protagonismo, nos gusta tener una buena apariencia exterior. En la religión evangélica nos enseñaron rutas para tener un cambio instantáneo, nos enseñaron que Dios es un cúmulo de virtudes de las cuales podemos sacar provecho, sin embargo, jamás nos enseñaron a estar quietos delante de Él, jamás nos dijeron que debíamos hacernos nada delante de Su Presencia. Debemos corregir nuestra doctrina, pero sobre todo debemos corregir nuestras intenciones. En una ocasión el Señor Jesús les dijo a las multitudes: **“De cierto, de cierto os digo que me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y os saciasteis”** (Juan 6:26).

Y luego le dijo también a los doce: **“¿Queréis acaso iros también vosotros?”**. ¿Por qué seguimos al Señor?, ¿Esperamos en Dios sólo por sus virtudes?. La Vida divina no consiste en las dádivas divinas, ni en las bendiciones externas, sino en lo que dijo el mismo Señor Jesús: **“Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado”** (Juan 17:3).

La razón de inducirlos a ser contemplativos es porque la Biblia nos lo enseña, ella nos dice que la Vida divina no se obtiene metiendo nuestra humanidad, sino al contrario. Si entendemos este punto, entenderemos el meollo del Evangelio, entenderemos tantas frases bíblicas que nos llevan a una negación de nuestro “yo”, y además, disfrutaremos la vida cristiana tal como Dios la diseñó. Es curioso ver que el primer milagro que hizo el Señor Jesús fue en las bodas de Caná, y la indicación que les dio María a los que servían fue: **“Haced todo lo que os dijere...”** Ante tal actitud y disposición, Jesús pudo convertir el agua en vino. ¿Acaso no es esta la actitud que nosotros debemos tener? Hermanos, el que se olvida de sí mismo, el que se olvida de sus metas, el tal está encaminándose a un verdadero encuentro con la Vida divina. El apóstol Pablo tenía claro este mensaje, por esa razón él decía: **“Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia”** (Filipenses 1:20–21). La Vida divina se encuentra en la anulación del “yo”, en esto consiste la contemplación.

## 2.- TENER UNA VIDA NATURAL CAPAZ DE PRESERVAR LA EXPERIENCIA CON LA VIDA DIVINA.

Como dijimos al principio, la contemplación básicamente nos aporta dos cosas a la experiencia cristiana, el primer punto es lo que vimos en relación a cómo encontrarnos con la Vida divina de una forma pura. El segundo punto consiste en poder extender la experiencia de la oración contemplativa a nuestra vida natural en la carne. El principio debe ser el mismo; la oración contemplativa consiste en anular nuestro momento presente psicológico para poder estar delante de Dios en un estado de conciencia suave por medio de la fe. El problema que tenemos es que, si bien es cierto en un lapso de veinte minutos podemos acceder a la esfera de la Vida divina, aún nos quedan veintitrés horas con cuarenta minutos que vivimos fuera de esa dimensión. Creo que todos hemos sido víctimas de ese tiempo restante, y en lo personal he buscado la manera de cómo redimir ese tiempo para Dios. Nadie tiene la capacidad de pasar veinticuatro horas atendiendo las cosas de Dios, ni siquiera los que vivimos del Evangelio; todos tenemos alguna ocupación en la carne, me refiero con ello a trabajo, familia, necesidad de descanso, etc. Por muchos años para mí fue un conflicto tener un día de descanso, pues, ese día casi siempre planeábamos salir a pasear con mi familia de modo que no estudiaba de manera normal la Biblia, y todo el día trataba de andar recordando algún pensamiento para no sentirme tan “desconectado” de Dios. En algún tiempo de mi vida recuerdo que me hice unas tarjetas con versículos bíblicos para andarlos repitiendo y memorizando en mis tiempos libres. Otros en ese afán han caído en el error de hacer de Jesús su amigo imaginario; éstos andan en la calle manejando, y de repente dicen: **“Qué tremendo está el tráfico Señor Jesús, ya va a pasar, dame paciencia...”** De modo que por tratar de no desconectarnos de la Presencia del Señor, sólo caemos en un misticismo religioso carente de la Vida divina.

Nadie puede prescindir de vivir naturalmente, ni siquiera la gente que se dedica a vivir “monásticamente”, aún ellos en mucho tienen que hacer cosas naturales. ¿Cómo podemos hacer entonces para extender la experiencia de la oración contemplativa a nuestra vida natural en la carne? Trataremos de encontrar respuesta a esta interrogante.

Dice *1 Juan 1:1* **“Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida”**. Este principio es diferente al que vimos en el Evangelio de Juan 1, pues, aquel “principio” se refería a la inhabitación divina, a lo que existía antes de lo creado. En cambio, el principio del que nos habla la primera carta del apóstol Juan se refiere al momento en que el *“Verbo se hizo carne”*, es decir, a partir de que Cristo nació en Belén.

Luego dice *1 Juan 1:2* **“porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó”**. Este contexto también es diferente a lo que dice el Evangelio de Juan, pues, allá el apóstol dijo: *“En Él estaba la Vida...”*, mientras que en esta carta dice: *“La Vida fue manifestada...”*.

Esta “Vida manifestada” nos la explica de mejor manera el Evangelio de *Juan 1:14* **“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad”**. Este verso es correlativo con *1 Juan 1:2*. En este pasaje el apóstol Juan ya no nos habla de la esencia de la Vida, ni de un asunto puramente espiritual, sino de una Vida divina que se manifiesta, de una Vida a la que podemos acceder por medio de los sentidos naturales. Este verso nos hace referencia a lo que podemos ver, oír y tocar con referencia a la Vida, ya no se trata de un ambiente devocional, sino de una Vida que está con nosotros, que camina con nosotros, y que vive con nosotros.

Cuando el apóstol Juan dice: **“el Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros, y vimos Su gloria...”** nos está hablando de contemplar la grandeza de Dios en la esfera de lo natural. Esta revelación que nos da el apóstol Juan es gloriosa porque primero nos dice que podemos acceder a la Vida Divina por medio de la contemplación, y luego nos dice que podemos extender la experiencia de la Vida divina a nuestra existencia natural. El apóstol Juan nos relata su experiencia con la Vida manifestada, es decir, con el Verbo hecho carne; él dice que lo veía todos los días, caminaba con él, comía con Él, dormía con Él, trabajaba con Él, toda Su Vida llegó a estar con Él. Para los apóstoles la experiencia con la Vida no fue un asunto de una, o dos veces a la semana, para ellos la Vida fue una experiencia continua.

Yo no entendía la profundidad de las palabras que dijo Juan: **“El Verbo se hizo carne”**, hasta que el Señor me dijo un día: *“Aprovecha la palabra que se hace experiencia (o que se hace palpable)”*. Yo le pregunto: ¿Qué factor hizo posible que los discípulos amalgamaran su vida natural con la Vida divina? Dicho factor fue el Verbo hecho carne. Ellos tuvieron la oportunidad de caminar con Jesús, es decir, con el Verbo hecho carne, por lo tanto, la palabra habitó entre ellos. Nosotros ya no tenemos tal oportunidad de ver la Vida manifestada al nivel de lo que vivieron los apóstoles, sin embargo, tenemos la palabra del Señor la cual se puede hacer carne para nosotros.

¿Qué medio tenemos nosotros hoy en día para amalgamar nuestra vida natural con la Vida divina? La palabra. Para poder ser más objetivos y específicos, usemos un nombre que nos de más claridad y ubicación al respecto. Quiero usar el término: “Lectura Bíblica Anagógica”. A esta práctica el hermano Witness Lee le llamó “el orar-leer”, y los hermanos de antaño le llamaron **“la lectivo divina”**. Este último nombre hace buena referencia a la práctica que quiero enfatizar, pues, el sentido de esto es una lectura donde se escucha la palabra de Dios en las Sagradas Escrituras con mucha atención y devoción. Otro concepto de *“la lectivo divina”* es escuchar la palabra de Dios en Las Escrituras para profundizar nuestra relación con Dios a nivel de reflexión y de oración espontánea.

Yo quiero utilizar el nombre de *“Lectura Bíblica Anagógica”*, no porque considere inapropiados los términos de “orar-leer”, o “lectio divina”, sino porque deseo imprimir en estas palabras lo que el Señor me ha revelado al respecto. El término “anagogía”, dentro del concepto de la hermenéutica, es la interpretación con un sentido místico de los textos sagrados, por la cual se pasa del sentido literal al sentido espiritual. Se denomina “anagogía” también al sentimiento por el cual se considera que el alma se engrandece contemplando la divinidad y sus obras. Este es el sentido que tiene la “Lectura Bíblica Anagógica”, trasladar el sentido natural de la Biblia a un sentido espiritual. Al adentrarnos a esta práctica seremos capaces de dejar pasar la luz de Dios a nuestra mente para convertirla en palabras de Vida y nutrición para nosotros.

Todos los hombres de Dios que han profundizado en la comunión con Dios, terminan haciendo hincapié en la oración contemplativa y en la lectura de la Biblia que los conecta con Dios. En estas dos cosas estriba la práctica de la contemplación. Si usted lee libros donde se hablen de estas cosas, se dará cuenta que todos enfocan un tiempo de silencio delante de Dios, y un tiempo de lectura bíblica de manera anagógica. Lo primero nos lleva a la Presencia pura con Dios, y lo segundo nos permite extender esa comunión espiritual a nuestra vida natural.

Cuando hago referencia a la lectura Bíblica Anagógica, no estoy pensando en una simple lectura, ni en el estudio de cierta doctrina, y mucho menos en la práctica de la memorización. La palabra no nos aprovechará para nada como experiencia de Vida si sólo lo hacemos a nivel mental. Ahora bien, si nosotros leemos la Biblia anagógicamente, y por medio de lo que leemos, Dios nos da nuestro maná, tendremos ese beneficio durante todo el día con sólo recordar lo que el Señor nos dio.

En cuanto a esto les doy un consejo: “No traten de guardar esa palabra para el día siguiente”, cada día Dios quiere darnos algo fresco. Por supuesto, podemos anotar la palabra que Dios nos habló y guardarla para luego compartirla con los hermanos a manera de doctrina, pero como experiencia de Vida, el Señor quiere darnos una porción de Su palabra día a día.

La lectura bíblica anagógica nos permite extender la experiencia de la Vida divina a nuestro vivir natural. Pueda que durante el día, en unos minutos de descanso hagamos memoria de lo que el Señor nos habló, y seguramente eso se puede convertir en experiencia, en fortaleza, en ánimo para nuestro ser. Esto es vivir contemplativamente, así trasladamos la esencia pura de la Presencia de Dios, a nuestro vivir natural.



Además, dice Juan 15:14 **“Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. v:15 Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer”**. Acá el Señor Jesús nos dice que Él quiere ser nuestro amigo, es decir, alguien cercano a nosotros. El concepto de tener un “amigo” es alguien que está con nosotros en todo tiempo, es una persona incondicional. Curiosamente, un amigo no es alguien con el que hablamos en todo tiempo, sino con el que podemos estar en suma confianza, con aquel que nos es grata su compañía aunque no hablemos. Ahora bien, el Señor nos propone ser nuestro amigo, sólo que para ello nos pone ciertas condiciones:

**1.- Él será nuestro amigo si hacemos lo que Él quiere.** Si queremos que el Señor sea nuestro amigo, debemos irnos ganando su confianza por medio de la obediencia. Cada vez que estemos en Su presencia, Él nos va a decir que hagamos ciertas cosas; si las hacemos, vamos a ganarnos Su amistad.

**2.- Si queremos tener a Jesús como nuestro amigo, debemos prestarle suma atención.** El Señor Jesús dijo: **“...os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer”**. El Señor oye todas las cosas de Su Padre, y tales cosas nos las quiere dar a conocer; este es el otro requisito que debemos cumplir si queremos que el Señor sea nuestro amigo. Nosotros debemos estar atentos a lo que Él nos diga día a día, porque lo que Él nos dice son los deseos del Padre. El punto es que el Señor no nos puede hablar palabras claras e inteligibles durante el tiempo de la oración contemplativa, pues, ese tiempo consiste precisamente en anular nuestro “momento presente psicológico”, por lo tanto, la actividad de nuestra mente se limita a sólo tener una conciencia suave de que estamos en Su Presencia. Es en este punto donde tiene importancia la lectura bíblica anagógica, pues, ya sea antes, o después de orar contemplativamente, podemos tener esta práctica de leer la Biblia. El medio más seguro y objetivo para que el Señor nos diga lo que Él quiere que hagamos, lo hallaremos en la Biblia. Si nosotros leemos La Escritura y la hilvanamos con pensamientos espirituales, entonces, entenderemos lo que el Señor quiere que hagamos.

La única forma de privarnos de nosotros mismos, y prestar suma atención al deseo de Dios es a través de la lectura bíblica anagógica. Por ejemplo, si yo leo anagógicamente el pasaje de *Filipenses 1:6* **“estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo...”**. Yo puedo leer este verso y darme cuenta que el importante en este verso es Dios, pues, Él comenzó la buena obra, y por lo tanto, yo le creo que Él la va a terminar. Lo hermoso de leer la Biblia de esta manera es que allí no habrá espacio para nuestras ambiciones humanas, pues, todo lo que leemos es en referencia a Cristo, Él es el centro de todo. Si entablamos una amistad con Dios, por medio de la lectura anagógica, nos estaremos privando de que prevalezcan nuestros gustos y deseos, lo único que prevalecerá es Su voluntad.

A nosotros nos cuesta ver que esto sea así porque nos gusta atestar a Dios de nuestros problemas personales. Hemos estado tan acostumbrados a decirle a Dios listas interminables

de nuestras “necesidades”, que lo que menos hacemos es prestarle atención a Él. Para nosotros el concepto de amistad es alguien que nos oye y nos apoya en todo lo que nosotros queremos, y viceversa. En Dios no es así, la amistad con Él está basada en aprender a escucharlo y en hacer todo lo que Él nos dice. Este concepto de amistad talvez es raro para nosotros, pero si queremos que el Rey del Universo nos considere Sus amigos, entonces, hagamos así.

Si cada mañana tenemos por costumbre unirnos a Dios mediante la oración contemplativa y la lectura bíblica anagógica, podremos tener la esencia de la Vida divina, y además podremos extender esa experiencia a nuestro vivir natural. Con toda libertad podemos apuntar lo que el Señor nos habla durante la lectura anagógica, y en el transcurrir del día podemos recordarlo. Yo le aseguro hermano que usted va a percibir los efectos de la Vida divina en su diario vivir al momento de recordar las palabras del Señor, y de ese modo, Cristo irá siendo Su vivir.

La clave para que Dios sea aprovechable en nuestro vivir natural es el mismo: *“Que Él crezca y que yo mengüe”*. En palabras del apóstol Pablo este principio es: **“Ya no vivo yo, Cristo vive en mí”**. Imagine esto de la siguiente manera: Si cada uno de nosotros fuera una casa, podríamos decir que el ente que vive allí es nuestro momento presente psicológico, es decir, la conciencia de nosotros mismos. Cuando el apóstol Pablo dice: *“ya no vivo yo...”* lo que deberíamos entender es que ya no es mi “yo” el que habita en esa casa, sino que ahora “Cristo” vive en ella. El Señor no quiere llegar a morar a nuestra casa como un huésped, o como un invitado, sino que Él quiere quedarse a vivir en lugar de nuestro “yo”. El resultado de este cambio de “habitante” en dicha casa es que ahora todo será a Su manera, Él va a decidir qué se hace y qué no se hace.

Si nosotros ejercemos fe y practicamos estas cosas, veremos un efecto transformador en nuestras vidas, poco a poco seremos liberados de nuestros programas emocionales, y llegaremos a ser vasos útiles en las manos del Señor.